

# Prólogo

## Las nuevas formas de concebir

Imaginemos un futuro patio escolar en hora de recreo en un próspero barrio suburbano. Dos niñas se columpian, una al lado de la otra, y sus largos cabellos ondean detrás de ellas. Un chaval se cuelga de las barras paralelas, mientras provoca con burlas a su hermano que permanece abajo. Y otros niños trepan al tobogán mientras sus padres los regañan suavemente desde el banco.

Ahora consideremos la escena con detenimiento para ver cómo son realmente estos chicos. ¿Cómo son las dos niñas? En realidad, son gemelas, pero de cierto tipo, ya que una es blanca y la otra medio vietnamita. El chico que cuelga de las barras se ha recuperado recientemente de una enfermedad que amenazaba su vida, mediante un trasplante de médula del hermano concebido para ese fin. Los niños que están sobre el tobogán son de Rusia, Guatemala y Vietnam, y no tienen ninguna relación genética con los padres que los vigilan. Si uno observara con más atención, podría vislumbrar las características genéticas que están ocultas debajo de la superficie: la fibrosis quística que se pudo evitar; la diabetes curada mediante una implantación de células madre. La réplica biológica de un hijo amado y perdido. Uno podría ver a los niños que ya no existen o que nunca existieron, y a aquellos concebidos, creados o descubiertos para reemplazarlos.

Estos niños del futuro ya están entre nosotros. En 2001, na-

cieron en Estados Unidos unos 41.000 bebés mediante la fertilización *in vitro* (FIV), «bebés probeta» en el habla vulgar. Aproximadamente 6.000 surgieron de óvulos donados, y casi 600 bebés se gestaron en úteros alquilados o prestados. En 2003, los estadounidenses adoptaron 21.616 niños en el extranjero, y produjeron una serie de gemelos biológicamente no relacionados. Todos estos bebés fueron concebidos de un modo muy diferente por sus progenitores. Y todos ellos, a través de un medio u otro, fueron comprados.

Es difícil concebir a un niño como un comercio. A comienzos del siglo XXI, en una era marcada por los progresos tecnológicos y dominada por el capitalismo de mercado, deseamos creer que todavía hay algunas cosas que, más allá de la ciencia y los mercados, el dinero no puede comprar. Desde el punto de vista económico, estas cosas, como el amor, la verdad, los riñones y las criaturas, se definen como inalienables: las personas que «poseen» estos bienes no pueden sacar provecho de ellos. Desde el punto de vista moral hay cosas que los seres humanos, como sociedad, hemos elegido no vender, como ciertos bienes o atributos que no se pueden adquirir a ningún precio. Esta prohibición es particularmente aplicable a los niños. Después de todo, ¿quién podría ponerle un precio a una criatura? ¿Quién podría imaginar una venta semejante? La venta de niños está terminantemente prohibida en todo el mundo, y se define como una aberración más atroz e impensable que la esclavitud.

Sin embargo, cada día, en casi todas las naciones, se venden bebés y niños. ¿Desea un bebé sano? Usted puede comprarlo en una clínica de fertilidad, que descartará todos los embriones indeseables; o en un servicio de alta tecnología, que le permitirá elegir el sexo de su hijo; o puede pagar a un cirujano experto para que corrija los defectos de la criatura, mientras todavía está en el útero. ¿Es incapaz de tener un bebé de la manera tradicional? También hay docenas de recursos para concebirlo. Por ejemplo, podría seleccionar el esperma de los bancos, donde se detallan las

aptitudes y aficiones de los donantes. O podría adquirir los óvulos de una mujer de su elección, pagando de 2.500 a 50.000 dólares por la combinación genética óptima. Podría contratar a una madre de alquiler para que desarrolle en su seno a su hijo, o buscar a un niño recién nacido en un sitio de Internet que muestra a cientos de huérfanos disponibles. En todos estos casos, usted puede elegir sus características deseadas y pagar como corresponda. Por ejemplo, tendrá que pagar miles de dólares extra por los óvulos o el espermatozoides de un donante de la Ivy League,\* por una sumisa madre de alquiler, o por el más diestro cirujano prenatal.

Desde luego, la mayoría de estas transacciones parecen estar al margen del mercado. Por ejemplo, los niños huérfanos jamás se «venden»; simplemente se «asignan» a las «familias adoptivas» adecuadas. Los óvulos se «donan», y las madres de alquiler ofrecen sus servicios para ayudar a las mujeres estériles. Indudablemente, la retórica acerca de estas transacciones no tiene nada que ver con los mercados ni con los precios o beneficios. Quizá las personas que recurren a ellas sólo desean ayudar. Pero ni la retórica ni la motivación pueden cambiar la actividad fundamental. Cuando las personas adquieren óvulos o espermatozoides; cuando contratan madres de alquiler; cuando eligen a un niño para adoptar o un embrión que se va a implantar, están haciendo negocio. Las empresas hacen dinero, los clientes eligen, y los niños, para bien o para mal, son vendidos. En el año 2004, el coste total de adoptar un niño guatemalteco saludable era de aproximadamente 25.000 dólares. El coste de contratar una madre de alquiler era de alrededor de 59.000 dólares. Los óvulos de calidad superior llegaban a valer 50.000 dólares.

\* Las universidades más famosas por su prestigio académico, situadas en el noreste de Estados Unidos. (*N. del T.*)

Como personas, y como padres, no deseamos considerar a los niños objetos económicos. Ellos son productos, insistimos, del amor, no del dinero; de una creación íntima que está fuera del alcance de cualquier impulso del mercado. Sin embargo, durante los últimos treinta años, los progresos en la medicina de la reproducción han creado un mercado para los bebés, un mercado en el cual los progenitores eligen los rasgos, los médicos procuran satisfacer a los clientes, y los proveedores especializados ganan millones de dólares al año. Dado que nadie desea definir la concepción como un negocio, y esto plantea uno de los dilemas morales más difíciles, muchos gobiernos en el mundo han ignorado el comercio de niños, o simplemente lo han prohibido.

No obstante, como la mayoría de las prohibiciones, las restricciones a la procreación, de cualquier forma, inevitablemente han fracasado. La demanda de niños es tan intensa, tan profunda, que muchas personas harán literalmente cualquier cosa para satisfacerla. Por ejemplo, en 2002, una peluquera norteamericana, Sharon Saarinen, viajó a Beirut para someterse a una transferencia citoplasmática, un procedimiento mediante el cual se rejuvenecieron sus óvulos con material genético de otra mujer más joven. En 1996, una profesora de derecho de 50 años de edad fue preñada con óvulos de dos donantes diferentes.<sup>1</sup> Consecuentemente, dio a luz a dos gemelos, uno de los cuales era medio vietnamita. Y en 2002, una pareja británica gastó todos sus ahorros para viajar a una clínica en Estados Unidos, donde intentó concebir un niño muy particular: un bebé capaz de contribuir con sus células sanguíneas a salvar la vida de su hermanito moribundo.<sup>2</sup>

En estos casos, y en miles como ellos, los padres no actuaron motivados por instintos comerciales, y de ningún modo consideraban que habían «comprado» su descendencia. Sin embargo, estaban íntimamente comprometidos en una operación mercantil y en un cálculo político. Por ejemplo, la peluquera Sharon Saa-

rinen fue a Beirut, porque la transferencia citoplasmática había sido prohibida en Estados Unidos. Además de los costes del viaje, ella y su esposo probablemente tuvieron que gastar cerca de 10.000 dólares para intentar concebir su hijo de alta tecnología.<sup>3</sup> Las personas como Jane Cohen, la madre de los gemelos de raza mixta, pueden gastar fácilmente entre 50.000 y 100.000 dólares por un tratamiento con múltiples ciclos de fertilización *in vitro* y varias implantaciones de óvulos.<sup>4</sup> Y sólo pueden contemplar estas intervenciones en un puñado de naciones, como Estados Unidos, Israel o Sudáfrica, que poseen laboratorios de fertilización *in vitro* y permiten repetidas donaciones de óvulos. Pero en muchos países, el diagnóstico genético preimplantación (DGP), la técnica que permite a los padres seleccionar los embriones con rasgos genéticos específicos, está restringido o es inaccesible. Por otra parte, es costoso, ya que es necesario añadir aproximadamente 3.500 dólares a los costes de concepción asistida.

En muchos aspectos, no hay nada nuevo acerca de la situación económica de estos niños de la nueva era. En todas las épocas y lugares, los progenitores pobres han considerado a sus hijos como bienes económicos potenciales; han cotejado su posible contribución económica —en los campos de arroz, las granjas o las fábricas— con los costes de criarlos y educarlos durante la infancia. Históricamente, los padres han elegido el sexo de sus hijos basándose en factores económicos, y, en muchos casos, han usado el infanticidio o el abandono para deshacerse de la descendencia menos valiosa. Incluso, en circunstancias más desesperadas, han usado a sus hijos directamente como bienes, vendiéndolos como esclavos o siervos. Sin embargo, en todos estos casos históricos, los progenitores estaban condicionados por el número y tipo de hijos que la naturaleza les otorgaba (además de algún método anticonceptivo rudimentario). Si los padres engendraban «demasiados» hijos, a menudo los entregaban a otras familias; si había parejas sin hijos, adoptaban o tomaban prestados a los hi-

jos de otras, y si las familias concebían hijos deformes o no deseados, los abandonaban o soportaban el coste adicional.

Ahora, en cambio, la ciencia de la reproducción ha creado métodos extraordinarios para controlar la cantidad y calidad de la descendencia. Por ejemplo, el aborto y la anticoncepción han reducido considerablemente la cantidad de bebés no deseados. Los tratamientos de fertilidad han permitido engendrar millones de bebés a aquellas parejas que los desean; la ingeniería genética y los tratamientos prenatales, junto con la donación de esperma y de óvulos, prometen determinar el tipo de hijos nacidos. Así pues, en el pasado, el «mercado» de los bebés dependía del valor comercial de los propios hijos, con su potencial capacidad para administrar la hacienda o cuidar de sus padres ancianos. Pero en el futuro el mercado dependerá de la capacidad de ciertos agentes, como los médicos, las clínicas de fertilidad o los centros de adopción, para proporcionar y perfeccionar a los *nuevos* niños que los padres desean desesperadamente.

La evolución de estos mercados traerá consigo una serie de problemas morales y disputas políticas hasta encontrar una solución. Hoy, muchas naciones que poseen la capacidad para comprometerse en la reproducción de alta tecnología han aprobado leyes que limitan, o incluso prohíben, el uso de estas tecnologías. Por ejemplo, Italia aprobó recientemente una legislación que prohíbe a los adultos estériles, solteros y homosexuales el uso de madres de alquiler u óvulos de donantes. En Alemania, la transferencia de óvulos de cualquier tipo es ilegal, así como el alquiler de útero y los tratamientos que implican la manipulación de embriones humanos. En 2004, la Unión Europea instó a Rumanía a reducir todas las adopciones internacionales, y Estados Unidos mantiene una controvertida restricción sobre el uso de fondos federales para la investigación de células madre en embriones.

En otras áreas, estas restricciones quizás impedirían la evolución de los mercados, o al menos harían más lento su crecimiento. Pero en el mercado de los bebés la demanda es demasiado alta y el deseo demasiado profundo para ser suprimidos. Si los padres desean hijos y la naturaleza no satisface esa necesidad, entonces es probable que busquen esos hijos a través de todos los medios posibles. Cruzarán las fronteras internacionales y se someterán a tratamientos no comprobados ni reglamentados. Hipotecarán sus hogares y usarán sus cuentas de ahorro. Y violarán las leyes nacionales, con la seguridad de que nadie descubrirá su delito. Después de todo, ¿quién puede decir si los bebés nacidos en Bremen fueron concebidos en Estambul? ¿Quién se atrevería a penalizar un proceso que culmina con el nacimiento de un niño?

Por lo tanto, en el negocio de los bebés, la ciencia, la ley y el comercio están en mutuo desacuerdo. Hay un mercado de los bebés, impulsado por extraordinarios adelantos científicos. Desde mediados de los años setenta, los progresos en la medicina, la biología y la química han hecho posible producir bebés a través de una serie de canales de alta tecnología, y manipular la constitución genética antes del nacimiento. La ciencia también ha permitido que las entidades comerciales cobren sumas siderales por estas capacidades de procreación, y algunos padres han tenido que pagar hasta 100.000 dólares para producir lo que otros consiguen gratis.

Sin embargo, este mercado sigue siendo ampliamente ignorado. Nadie desea reconocer que está «fabricando» bebés o que está sacando un provecho del proceso. Nadie intenta aducir que el negocio de los bebés *debería* ser considerado como un comercio, o que sus participantes deberían estar sometidos a algún tipo de normativa. Y por ese motivo el mercado está contaminado de omisiones y triquiñuelas legales. En Dinamarca los donantes de esperma son anónimos; en Suecia deben revelar sus nombres. En Alemania, todos los óvulos extraídos de una mujer deben ser reim-

plantados en su propio cuerpo. En Rusia, estos mismos óvulos se pueden extraer, vender e intercambiar. El estado de Louisiana, en Estados Unidos, se niega a reconocer la validez de cualquier contrato de alquiler de útero, mientras que California ha desarrollado una próspera industria comercial en torno a estos contratos.

Entonces, ¿qué hacen los progenitores potenciales? Viajan y recorren el mundo en busca de su hijo. Y los profesionales astutos apelan a estos clientes internacionales para crear empresas que aprovechan las brechas legales. Por ejemplo, en 2004, un grupo de israelíes abrió una clínica en la República Dominicana, donde se ofrecen servicios económicos y totalmente legales en un «invitador ambiente tropical». Cryos, un banco internacional de espermatozoides, en Dinamarca, es el principal exportador de espermatozoides de todo el mundo. Guatemala coloca aproximadamente 3.000 niños y bebés cada año en hogares extranjeros, con lo cual genera un ingreso total estimado en 50 millones de dólares.<sup>5</sup>

Estas empresas no son explícitamente ilegales. En realidad, la mayoría de las clínicas de fertilidad son firmas eminentemente respetables, que obran de acuerdo con las leyes de sus respectivas naciones, y son responsables de haber producido miles de bebés que, de otro modo, no podrían haber nacido. Guatemala tiene un sólido sistema jurídico que supervisa la adopción internacional y suele seleccionar a los niños que, en otras circunstancias, tendrían que pasar su vida en las calles. Sin embargo, aun cuando estas empresas tienen fines altruistas, aun cuando salvan vidas, crean familias y promueven el descubrimiento científico, también plantean cuestiones que son extremadamente complejas. Dado que estos problemas conciernen a la condición humana, a lo que significa amar y engendrar a un hijo, exigen definiciones —de la vida y la paternidad— que son difíciles de conciliar y han enfrentado apasionadamente a los grupos entre sí. Además, en el proceso, nos obligan a tomar decisiones: ¿acaso deberíamos, como socie-



dad, prohibir a las mujeres que vendan sus óvulos, sus úteros, sus embriones o sus hijos? ¿Debemos permitir a los padres que seleccionen los rasgos genéticos de sus hijos? ¿Y quiénes deberían decidir en un mundo de intercambios invisibles y fronteras fluidas?

El presente libro no intenta resolver estos problemas morales. Por el contrario, aduce que las cuestiones morales en torno al nacimiento y los bebés jamás se resolverán. Como sociedad, nunca podremos decidir categóricamente cuándo comienza la vida. Jamás encontraremos una definición común de una «buena» familia o de un niño «anormal». Pero mientras disentimos, discutimos y conspiramos, algunos tomarán estas decisiones y las pondrán en práctica. Por ejemplo, las parejas contratarán madres de alquiler, aun cuando las condiciones legales de sus contratos sigan siendo vagas. Buscarán óvulos de alta calidad mediante un anuncio en la prensa, viajarán al extranjero para someterse a tratamientos no comprobados, y buscarán huérfanos coreanos en algunos sitios de la Web. En otras palabras, el mercado continuará operando, aun cuando los principios morales sean dudosos y las leyes imprecisas. Algunas personas seguirán vendiendo los componentes básicos para engendrar bebés. Y otras los comprarán. En realidad, como muestra el crecimiento del intercambio internacional, la incertidumbre no impide obtener beneficios del negocio de los bebés, lo cual permite que el comercio prospere en medio de las brechas legales.

Por lo tanto, el argumento esencial de este libro es que, a pesar de las protestas populares y a pesar de los sentimientos profundos de los padres y proveedores, existe un mercado floreciente tanto para los bebés como para sus partes componentes. Los óvulos se venden, el espermatozoide se vende, y también están en venta los úteros, los genes y los huérfanos, mientras muchos individuos obtienen generosos beneficios en el proceso. El presente libro no

afirma que este mercado es bueno o malo. Simplemente afirma que existe.

El segundo problema deriva naturalmente del primero. Si hay un mercado de bebés, entonces necesitamos explorarlo como tal. Necesitamos saber quiénes son los «fabricantes» de bebés y cómo estructuran su comercio. Necesitamos examinar quiénes están haciendo dinero en esta industria y qué define a la clientela. Aun cuando pueda parecer chocante, necesitamos considerar la medicina de la reproducción como una industria con todas las perspectivas comerciales y las debilidades potenciales que muestran las otras industrias. También debemos examinar atentamente los precios que prevalecen en esta industria y las relaciones entre los diferentes segmentos del mercado. Porque a determinado nivel, el producto en todos estos segmentos es exactamente el mismo: los padres quieren un hijo sano. Por ejemplo, cuando las parejas compran óvulos, no están realmente interesadas en los óvulos como tales, sino en las personas que esos óvulos llegarán a ser. Cuando contratan a una madre de alquiler, no les importa su estilo de vida personal, sino solamente el efecto que pueda tener ese estilo de vida en la salud de la criatura que gestará. Cuando adoptan, buscan casi siempre un niño que sea como ellos en cierta manera, una criatura que será simplemente suya.

Por consiguiente, teóricamente, todos estos niños potenciales son sustitutos casi perfectos entre sí. Después de todo, cualquier medio para engendrar bebés produce una criatura similar, cuya constitución genética nunca se puede determinar con certeza y cuyas perspectivas a largo plazo siguen siendo un misterio. Desde un punto de vista económico, el precio de estos niños debería ser aproximadamente proporcional a las variaciones que ocurren de maneras bastante predecibles. Por ejemplo, es razonable suponer que los óvulos siempre costarán más que el esperma, porque la extracción de un óvulo es considerablemente más compleja (y potencialmente peligrosa) que la donación de esperma.

También es lógico suponer que la adopción costará menos que la reproducción asistida, porque las criaturas para adoptar ya están «disponibles» en cierto sentido, y muchos padres prefieren tener hijos genéticamente relacionados con ellos.

Sin embargo, este tipo de variación predecible no explica la gama de precios que prevalece en el mercado de los bebés. Por ejemplo, los óvulos cuestan muchísimo más que el esperma: 4.500 frente a 300 dólares de media, llegando hasta 50.000 frente a 2.950 dólares en los niveles superiores del mercado. ¿Por qué hay progenitores que están dispuestos a pagar semejantes sumas por los óvulos? Del mismo modo, si bien algunas formas de adopción son menos costosas que los tratamientos de fertilidad, muchas no lo son. Por ejemplo, adoptar un niño de 6 años proveniente de un asilo público de Estados Unidos no cuesta casi nada. Pero adoptar ese mismo niño de un orfanato en Rusia cuesta casi 25.000 dólares. Esta diferencia no se puede explicar mediante la ley habitual de la oferta y la demanda. El mercado de los bebés no opera como los otros mercados. Hay variaciones en los precios que tienen poco sentido; economías de escala que no producen costes más bajos, y clientes que pagarán literalmente cualquier suma que les pidan. Además, en este mercado las reglas fundamentales del comercio están visiblemente ausentes. Por ejemplo, no sabemos dónde residen los derechos de propiedad ni cómo se aplican los contratos. Aún no hemos decidido si las personas son propietarias de su propio material genético, o si tienen algún derecho fundamental para «consumir» los placeres de la paternidad.

Sin embargo, el mercado existe. Se puede ocultar bajo diferentes términos, se puede fragmentar y deslizar al borde de la ilegitimidad, pero a pesar de ello sigue siendo un mercado. Este libro da por sentada la existencia de este mercado, y luego explica cómo opera.

Un tercer tema se relaciona con el contexto histórico de este comercio. Por un lado, la ciencia de la procreación es nueva. Es un fenómeno moderno, un milagro posindustrial que surgió de las altas tecnologías de la bioquímica, la microcirugía y la ingeniería genética. Indudablemente, éste es el punto de vista predominante en la mayoría de los tratados sobre el tema. Por otro lado, también podemos considerar los progresos en la reproducción sólo como el capítulo más reciente en una historia muy antigua. En efecto, los esfuerzos para controlar la procreación son casi tan antiguos como la propia humanidad. El ser humano siempre ha intentado planificar los nacimientos, en lugar de dejarlos librados al arbitrio de la naturaleza o de Dios. Y las mujeres han tratado de controlar su reproducción a través de una impresionante serie de métodos, desde el excremento de cocodrilo hasta los amuletos y ciertos antisépticos.

Algunos de estos esfuerzos se concentraron principalmente en la anticoncepción, otros en la concepción. Pero en todos los casos, el control de la natalidad ha sido un asunto espinoso, sujeto no sólo a las limitaciones técnicas, sino también —y más profundamente— a los dictados de la ley, la moral y el poder. Las autoridades religiosas siempre han condenado cualquier intervención artificial en el proceso reproductivo, y los estados a menudo han prohibido ciertas conductas o actos específicos. Por ejemplo, durante los siglos XV y XVI, todas las naciones europeas restringieron gradualmente cualquier forma de anticoncepción. En el siglo XIX, Estados Unidos llegó a prohibir la información sobre el control de la natalidad, porque se consideraba «obscena». En nuestros días, los gobiernos de Australia, Alemania y muchas otras naciones han prohibido el uso de madres de alquiler, y el gobierno de Estados Unidos ha restringido considerablemente muchos tipos de investigación sobre el embrión. Sin embargo, en casi todos estos casos, el mercado sobrevive a los intentos de prohibición de la autoridad. El negocio de los bebés puede seguir siendo clandestino durante algún tiempo, y puede

cruzar las fronteras internacionales. Pero el mercado persiste y pasa de una tecnología a la siguiente.

Estos antecedentes históricos sugieren una interacción continua entre la empresa y el Gobierno, los mercados y la moral. Las cuestiones éticas, en la industria de la reproducción, tienen una influencia mucho más profunda que en otros sectores. Por lo tanto, deberíamos esperar que las opiniones religiosas influyan en todos los progresos que conciernen a la concepción o su control, y que los gobiernos respondan, frecuente y enérgicamente, a las necesidades e inquietudes que generan. Así pues, las empresas en este sector tendrán que afrontar una situación más restrictiva que las empresas en otras áreas menos personales y privadas. Y en gran medida lo están haciendo. Como se mencionó antes, las agencias de adopción operan bajo un conjunto de leyes sumamente estructuradas. En muchas naciones, las clínicas de fertilidad tienen terminantemente prohibido aceptar padres o madres solteras, y los científicos no pueden clonar legalmente al amado hijo de un cliente.

Sin embargo, la historia también sugiere que estas restricciones no son inmutables. Cuando las personas pretenden controlar su reproducción y cuando la tecnología les permite hacerlo, los mercados generalmente se imponen a la moral. En este sentido, es probable que las condiciones sean mucho más amplias en el futuro. ¿La gente pondrá reparos cuando dos madres lesbianas usen las técnicas más modernas para concebir un hijo que sea biológicamente «de ellas»? Sí. ¿Los moralistas se escandalizarán cuando se seleccionen embriones para producir células madre destinadas a un hermano moribundo, o cuando las mujeres en Camboya den a luz niños para maduros abogados de Nueva York? Una vez más, sí. Pero ¿alguien pondrá freno a los mercados que continúan creciendo en torno a estas tecnologías? Casi seguro que no.

La comprensión de esta interacción conduce al argumento final de *Baby Business*. En otras palabras, este libro sugiere que los

gobiernos necesitan desempeñar un papel más activo en la regulación del comercio de los bebés. Esto no significa que deberían controlar la industria o prohibirla. Lejos de eso. Como se mencionó antes, los mercados dominarán la industria de los bebés. Las empresas privadas se beneficiarán de las tecnologías de la reproducción, y la prohibición total de estas tecnologías estará destinada al fracaso. Si hay demanda de bebés, también habrá oferta.

No obstante, esta relación basada en el mercado no impide el tipo de intervención gubernamental que existe en una amplia gama de sectores industriales, como la educación, la asistencia sanitaria y los medicamentos. De hecho, los gobiernos son participantes activos en las economías capitalistas más avanzadas, establecen las reglas que permiten a las economías operar con eficacia y, teóricamente al menos, procuran el bien común. En este contexto, el negocio de los bebés constituye una excepción extraordinaria: es una de las pocas industrias que opera prácticamente sin reglas.

Se podría aducir que en este sector la política de no interferencia tiene sentido, e incluso que es una elección moral en una época de evolución tecnológica y en un ambiente marcado por intensos anhelos personales. La reproducción de alta tecnología se está abriendo paso a través de un mercado siempre creciente, y los progenitores felices contemplan con alegría los frutos de la labor tecnológica. El mercado de niños está prosperando, y aquellos que operan en él no desean una intervención estatal. Pero el problema es que ni la ciencia ni la moral permitirán que este mercado continúe sin cortapisas durante mucho tiempo. Las tecnologías de la reproducción abrirán un abanico de posibilidades, producirán niños, y cometerán errores que exigirán una reparación. Además, se borrarán los límites entre lo que ahora es aceptable y lo que está formalmente prohibido, como la clonación y la investigación sobre el embrión. Desde luego, a la larga el mercado volverá a imponerse. Y seguiremos comprando, ven-

diendo y modificando a nuestros hijos, mientras se generan ganancias sustanciales en el proceso. Pero este mercado no será siempre libre. Los gobiernos crearán —deben crear— un marco legal, dentro del cual podrá operar el negocio de los bebés.

Las historias del comercio de bebés son difíciles de ignorar. Cuando oímos que una madre de alquiler acude a los tribunales para recuperar al niño que ha llevado en su seno, o nos enteramos de que unos padres desesperados han engendrado un hijo cuya médula podría salvar a un hermano moribundo, solemos personalizar la situación y describir los progresos en la reproducción como una bendición o como una maldición, como la encarnación de Frankenstein o como un milagro de amor. Este libro se aparta de estos simples estereotipos y aduce que necesitamos comprender la medicina de la reproducción en un contexto más familiar, un contexto comercial en el cual las firmas competidoras usen la tecnología simplemente para satisfacer las necesidades de sus clientes.

Quizá no deseemos pensar en los bebés de esta manera. Quizá no nos agrade vernos así a nosotros mismos o a nuestros médicos. Sin embargo, es mucho mejor reconocer y examinar este comercio que insistir en que no existe. Estamos vendiendo niños, y el presente libro describe cómo se hace esa venta.